

Amor, Memorias y Frases

Amor, Memorias y Frases

AMOR MEMORIAS Y FRASES (Parte 1)

Enrique Alberto Marti

Amor, Memoria y Frases (Parte 1), es en síntesis un libro subyugante. En estos tiempos que discurren atravesados de banalidades, de falsos usos de las palabras y los sentimientos, la historia que el autor nos presenta revaloriza el sentido exacto de la vida. Sus valores, sus códigos. El no aceptar el “no se puede”, el creer que todo es posible si el combustible de esa marcha es el amor.

El libro está atravesado por una historia de amor entre un hombre y una mujer que rompe tiempo y espacio y que pueden disfrutarla sobre todo las personas mayores, incluso es una buena excusa para buscar un nuevo vínculo cuando alguien se encuentra solo. Es un verdadero regalo, puesto que no existe mayor medicina para vivir feliz que la ilusión que aporta un corazón correspondido. ¡Y eso es una cosa buena!

Quien lea este libro tenga la seguridad que no será el mismo. Que sentirá que algo vivificante lo ha invadido. A pesar de los pesares, el amor cava trincheras y resiste.

Luis Eduardo Foá Torres

CAPÍTULO I

Dios bendito te doy gracias por haberla conocido, bendita sea por existir. Siempre iba mi vida hacia ella, hacia el amor, dueña de mis pasiones y de mis voluntades, siempre buscando las horas de su compañía, de su ternura, de su sosiego. Y al encontrarme con ella mecía mis sentimientos con su mirada dulce, con sus palabras suaves cambiaba las horas del día. Su compañía se convertía en el paraíso terrenal más ansiado por mi alma, donde su presencia era como un jardín verde, lleno de rosales cultivados y sus capullos floreciendo con alegría, estallando de felicidad. Y mi corazón enloquecido se perfumaba por cada momento que me hacía vivir con la fragancia cautivante de aquellos rosales encantados. Cuando llegaba a mí, venía con su ilusión de niña adolescente, llegaba ofreciéndose completa, con su habitual toque de misterio y de distinción, trayendo los deseos que mi alma reclamaba. Cuando se iba, me dejaba su paz, su amor y un arco iris se formaba en el cielo para acompañarla.

Han pasado los días a lo largo de varios años, y me pregunto, en dónde andarás, en dónde estarás ahora. Aún te sigo imaginando y en mi ilusión sigue creciendo la admiración por vos. Y por más que estiro mis manos en vano, la soledad me abre sus puertas y en completa añoranza vuelven imágenes del pasado, con sus anécdotas que aún palpitan en mi alma, solo para dejar escapar recuerdos al aire, con todas sus evocaciones, sin manchas, ni deterioro alguno y que vivirán eternamente en mi mente. Sobre el olvido, el recuerdo impera como un retorno eterno que refresca mi vida y que se niega a morir. Es una historia en esplendor fecunda, que al calor de mi pasión se renueva cada vez que mi fe la cita bajo el amparo y la guarda de mi esperanza. Siempre te tuve presente, eres la novia que he guardado entre el aire y mi pecho, si alguna vez intentara borrar tú recuerdo, mi vida tendría un vacío total. Ese silencio viejo de gritar mi amor por ti, es una planta que todavía sigue brotando sin morir en mi interior, más aún el corazón conserva su viejo calor y me crece la ansiedad.

Como parado frente a un océano, se me acaba la vista a la distancia y quisiera pedir más vista para mí, para ponerla allí, donde termina la mía, para poder encontrarte y jamás encuentro la mirada de la única mujer que amo. En dónde andarás, en dónde estarás ahora, qué lugar estarás haciendo halagador en este momento gracias a tú presencia.

Me crece la angustia y la ansiedad absorbiendo recuerdos felices y por azar toca mi faz azorada, las lágrimas se hinchan, se dilatan y empiezan a girar nuevamente sobre su rueda eterna. Es inútil pasar y pasar, solo consigo

angustiarme más y más, eres sustancia de lejanía. Tú tiempo, tú lugar y tú ahora, pareciera que no son mi lugar, ni mi tiempo y ni mi ahora, y no hay remedio, aun así andan los días en tú búsqueda, en seguir por todas partes la huella de tus pasos. Días y noches te he buscado sin encontrar el sitio en donde estás, anhelando tu presencia como al sol de cada mañana, sufriendo y resistiendo tu ausencia como a la estrella de cada noche. Hubo un tiempo nuestro, su memoria vivirá eternamente en mí, ambos sentimos un cariño, es el mismo que todavía me impulsa a ti.

Si pudiera decirte cuanta vida he vivido, solo podría decirte la que viví junto a ti. Porque gracias a ti, fue vida vivir en amor y descubrí que la vida sin ese sentimiento no tiene sentido. Es una historia dulce e imposible de olvidar.

El tiempo después de ti, solo va dejando oscuridad en mi pesar, la fantasía me ha abandonado y el alma se ha desmoronado por falta de amor. Lo he perdido todo y nada he recuperado y ni siquiera pido a la vida la parte que me toca. Todo lo contrario, es tanto lo que gané, porque gracias a ti, viví y conocí el amor, y esa es la mayor gloria, la más bella bendición que el ser humano pueda ganar en la vida.

De donde vengo, como estoy, quien soy, solo sé que vengo a empuje o por caída avanzando en esta vida. Vengo donde tenía que estar alerta, donde las personas impiden mis palabras, prohíben mis letras y me quitan las ganas de sonreír, que traigo un amor inmenso como el universo. Vengo con el calor de un volcán y con la calma de un remanso, traigo el silencio de una estrella y una pasión desbocada en el alma, traigo el brillo de tú mirada convertida en frases. Soy el que vuelve con un canto de eternidad en la garganta, traigo del pasado este presente de sentimientos, vengo con una verdad contada en palabras tiernas y sencillas, soy esté que está solo, llorando en silencio, pidiendo por ti. Estoy aquí de regreso con palabras, ellas me despejaron el sendero, alumbraron la senda de mis sentimientos. Ya no hay vulgaridad en mi vida, todo es esencial, son sentimientos, esencia infinita de mí ser, que me elevan y me llevan sin sentirlo al cuerpo. Ahora sé lo que soy y lo que era, conozco la distancia que va del hombre a la verdad. Conozco la diferencia entre vivir y existir, estoy aquí en letras ante ti, porque eres tú, la que me hace estar al tanto de lo que es el amor. Aquí estoy ante vuestros ojos limpios, estoy aquí vestido de lejanías, escúchame, créeme, siénteme, mantengo la vida de sentirte, porque nos quisimos, siéntete mi amor, porque tú siempre fuiste el mío.

CAPÍTULO II

Como siempre llegan las horas que fortalecen los recuerdos, como si fuera algo cotidiano, normal o hacer mención de ellos en una charla con amigos. Siempre me atrapa una lejana, dulce y duradera presencia y me enorgullece poseerla y evocarla en mis pensamientos. Es un recuerdo que lo voy mantener por toda la eternidad y nada, ni nadie hará despojar de mi frente, aquel tiempo jubiloso en que eterna parecía la dicha. Y contra su olvido y a su pertinaz asedio, lo preservaré hasta mi fin. Y a la porfía de la indiferencia del tiempo, lo protegeré con el escudo milagroso de mi voluntad.

Desde la distancia y el tiempo ya transcurrido, aún llevo dentro su forma de amar, hoy su recuerdo se apacigua más en mis pensamientos. Son los momentos perpetuos que guarda el alma y la memoria, porque en mi vida, jamás hubo nada más maravilloso, pulcro y sagrado que lo que jamás había tenido y nada más valorado ypreciado que lo que había perdido.

Ya transcurrieron veinte y seis años desde que me enamoré por primera vez. Y siempre la evocó como la más bella historia de amor, la historia de mi primer y único gran amor que tuve en toda mi vida. Apareció en el esplendor de mi existencia y fueron las puertas abiertas y dignas de mi célebre idilio, puertas abiertas de mi noviazgo de adolescente. Jamás tuve en mi vida un cariño tan intenso, ni fui antes limitado y contenido por tan divina red.

Cuando apenas tenía veinte años de edad, en aquel entonces, mi único aliciente era el de trabajar y continuar con la carrera universitaria que había iniciado en Buenos Aires en el año 1978. Hasta ese momento solamente había conocido solo sentimientos de amistad, amor, cariño y afecto hacia mis familiares y seres más cercanos. Desconociendo por completo lo que es el sentimiento del amor hacia una mujer y lo que es capaz de hacer cambiar a una persona y sentir el sentimiento más profundo que puede existir hacia otra persona. Hasta que me llegó el momento de vivirlo por primera vez y que abrió mis ojos con su luz brillante.

Todo ese cambio se lo debo a Ada, fue la primera mujer que despertó a mi alma con su belleza y me llevó al paraíso en su afecto más hondo. Entro a mi vida sin advertirlo, como si fuera la aparición de una quimera dulce, trayendo el conjuro de un encantamiento milagroso, donde me revelaba el verdadero y sagrado secreto del amor a través de su belleza espiritual y corporal. Ella sería quien me llevaría a descubrir la indiscutible esencia de la vida. Por ella sentí un fuego amoroso, que se veía en mi cuerpo, sabía que lo sentía y sabía la causa porque lo percibía. Ese sentimiento capaz de cambiar nuestra visión de la vida. Esa emoción que ha tocado a la puerta de todos alguna vez, pero

del cual pocos saben expresar las inquietudes verdaderas que se despiertan en el corazón.

Con Arturo, un amigo de San Juan, compañero de salidas, solíamos ir a bailar a discotecas para jóvenes, en una oportunidad conocimos a dos señoritas, Eliana y Marité, y con el pasar del tiempo con Eliana había comenzado a tener una relación de amistad.

Un domingo a la tarde, había invitado a Eliana a tomar un refresco en el centro de la ciudad. Al detenernos frente a una de las confiterías de moda de esa época, Eliana observó, que venían caminando por la misma acera dos compañeras de colegio, Natalia y Ada. Después de los saludos y presentaciones, accedieron a compartir un momento junto a nosotros.

Al verla por primera vez, exhalé el primer suspiro de amor y el último de la razón, me enamoré y me sentí encantado al instante. Y algo sólo puede encantar, si es o se parece a la perfección. Su presencia embriagaba como el vino dulce y yo estaba ahí, sentado frente a ella, mirándola para verla, para apreciarla, como todo un creyente que en su loco delirio adora lo más bello, incapaz de describirla en palabras, en una sola prosa. Desde ese momento dichoso en que su belleza admiré, de tal modo me rendí, que no quedó en mi acción alguna, por causa de esa preciosa y distinguida dama, que brillaba por su elegancia y el primor del arte, provocando suspiros de luz celestial.

Es una mujer con demasiada clase e inmensamente bella. Quedé impactado al instante por su presencia. Mujer hermosa, maravilla suprema y exquisita, que se había desprendido del cielo, para cumplir con un deber sagrado, que se ofrendaba por su sola presencia y que brillaba como el anuncio fiel de un astro. Dios había puesto ante mí la más trascendental belleza en una sola mujer y no la mandaba por ser empecinado. La mandaba para ser admirada como un símbolo sagrado, divino y puro, como una pintura venturosa y anhelada, como si fuera la creadora de las artes resplandeciendo en una sola escultura.

La miraba, la apreciaba como un peregrino a quien la mano del amor dirige, la adoraba como un amante en sus afanes de hacer realidad el más bello de los sueños. Sí, es ella, es esa beldad que tenía frente a mí, es la primera mujer que ya jamás podré olvidar. Mujer soberana que vino para instalarse y robar mi sueño. Y en una inmortal inmensidad, se iba expandiendo totalmente a mi gusto en todo mi ser, siendo el abismo más pequeño menos eludible que los grandes, allí en la admiración ya le edificaba los mayores altares.

Cuando disponíamos a retirarnos de la confitería, las invité acercarlas hasta la casa de cada una en mi automóvil. Y en el momento de abrirle la puerta, para

que accedieran al interior del vehículo, Ada me dijo pícaramente y con cierta ironía.

-¡Gracias Morgan!

Pareciera que haciéndolo a sabiendas, como hecho a propósito. A ella no le basto cautivarme solamente con su presencia. Sino que también sumo esas puntuales palabras, dichas en ese momento justo, a modo de provocamiento, que me enardecieron e hicieron vibrar todo mi ser y que sin saberlo, iban hacer cambiar mi vida substancialmente y para siempre.

Con la conciencia descuidada y sin amparo en mis sentidos, dieron puerta y libre acceso a ese inadvertido sentimiento que me tomo sin prevención alguna y que con tanta elegancia y fineza persuadió a mi corazón. No sé cómo pudo en un segundo frágil, forjar algo que alcanza la eternidad.

Amor astuto y sutil, solamente basto con su presencia, con una sola palabra suya para hacer perdurable el embrujo que hasta hoy se mantiene intacto, aparentando ser el más dulce de los quebrantamientos permitidos. Amor poderoso, amor sagrado y eterno, que me entró en el corazón. Y que no llegó subiendo desde la impresión, sino que descendió desde la admiración más incitante. Fue un amor que nació súbitamente, imposible de apagarse y que se refugió en mi alma para siempre.

Ahora que sabía que existía una joven beldad, inteligente, risueña, dulce y seductora, dueña de una luz, que fue descubriendo la mirada de mi porvenir en el confín más sombrío. Por lo que la imaginé como algo sobre humano y sobre todos mis anhelos, sobre todas las cosas y por sobre todas las personas, ahora ella sería lo primero y lo único para mí.

Dicen que el rostro es el espejo del alma. Su fisonomía hermosa, alegre, cálida, resulta un bien indecible para la voz y verdaderamente inexplicable para toda pluma humana. Es su rostro maravilloso un pequeño triángulo, con cejas finas como arcos, marcando unos ojos bellos en forma de avellanas color miel, velados y custodiados por pestañas sedosas, en perfecta armonía. Con una nariz pequeña, pareciéndose a una semilla a punto de brotar, con labios delgados, finos y sensuales, que se complementan con hondas suaves de azúcar, de voz tierna, delicada y dulce, su cabello negro, brillante y ondulante. De contextura delgada y con una piel de seda dorada, de pequeñas y frágiles manos que surgieron con guantes de caricia y sus dedos con una clásica finura, de piernas finas y bien labradas, suaves y relucientes. Con un carácter pícaro y agradable, y con una sonrisa contagiosa. Deleitaba desde lejos la fragancia de su perfume, aromaba el aire como un jazmín, dama

emperlada y sutil que fluía como una nube en su caminar, vestía fina y majestuosamente, era la gloria vestida a la moda.

Es Ada, la diosa de ese suelo, la maga de ese jardín encantado. Es la dicha de la imagen más bella, la dueña de mi ideal más deseado. Toda una mujer cargada de primores, que me atraparon y me sedujeron, y todo estaba contenido en una sola persona.

Desde ese día en que la conocí, comencé a pasar continuamente temblando por la calle invernal en donde vivía, llevando en cada fibra de la carne emociones nuevas que no conocía y en mi pecho el contrabando de un afecto ilegal, que ella aún no percibía. Con ese sentimiento de amor verdadero y con una curiosa cautela no aguardaba a que ella me invitara, me invitaba solo e instintivamente me ofrecía primero ante su presencia. Ella, siempre atendiéndome amablemente, visitas que en algunas ocasiones solo duraba unos escasos minutos a causa de una tonta excusa no muy bien argumentada por mi parte.

Cuando se me acabaron las excusas, con la suerte a mi favor en un trayecto de mi destino, acompañada de su prima se llegó hasta mi casa, que la ubicó no sé de qué manera. Venía a invitarme a salir, para ir a bailar juntos con otras parejas. La invitación era sobre todo porque a su prima los padres no la dejaban salir sola a bailar con su novio, si no iba acompañada de alguien de confianza. A partir de esa salida las formas cambiaron a mi favor. Con el pasar del tiempo, ella también esperaba mi visita por su casa y los sábados a la noche compartíamos salidas a bailar o a pasear por el centro de la ciudad o por el Barrio El Cerro de las Rosas. De a poco, se fue convirtiendo en mi pareja de salidas.

Mi alma desde su balcón ya veía la puerta con que soñaban mis antojos y mis anhelos acechaban agazapados en el palpitante y transparente fondo de sus ojos, rutina hermosa, que se iba convirtiendo en una sana penitencia para mí. Pasábamos largas horas sentados en el living conversando, tan llena de suavidad, tan llena de calma era su conversación, que quedaban las cosas silenciadas íntegramente al oírla hablar, siempre dejando una impresión de serenidad para el alma mía con su blanda voz. Me daba el prodigio de su palabra, quedando yo deslumbrado del decoro de su plática y maravillado del concepto, que en su boca se hacía melodía. Tenía la clave del gozo con esa voz dulce y tierna como las suavidades de una seda, no había almíbar, ni aroma como su charla. Siempre me preguntaré, que golosina aromática y azucarada disolvería en su boca, como si su voz fuera de miel cuando a solas conversaba conmigo.